

los globos de las luces y todos los vasos de los aparadores, mientras Risler, inmóvil en medio del desierto salón, contemplaba de mal talante sus blancos y bien planchados puños y sus amplios piés calzados de charol y murmuraba maquinalmente:

—¡El día de mi esposa!



II

La perla fina y la falsa

Qué tiene?... ¿Qué le he hecho yo?—se preguntaba con frecuencia Clara Fromont pensando en Sidonia.

No hay que decir que ignoraba absolutamente lo que había pasado tiempo atrás en Savigny entre su amiga y Jorge. Con su conducta recta, con su alma tranquila, érale imposible adivinar qué celosa y baja ambición había crecido á su lado en el espacio de quince años. Sin embargo, la mirada enigmática que le dirigía, la turbaba sin saber por qué. Á una política

afectada, impropia entre amigas de la infancia, sucedía de repente una cólera mal disimulada, un tono seco y agresivo, ante el cual quedaba Clara cortada, indecisa, como ante un problema. A veces también un presentimiento singular, la vaga intuición de una desgracia se añadía á esta inquietud, porque las mujeres son todas un poco videntes y hasta entre las más cándidas, la profunda ignorancia del mal suele iluminarse con súbitas visiones de admirable lucidez.

Otras veces, después de una conversación prolongada, de uno de esos encuentros imprevistos en que cogidos de improviso los semblantes, dejan ver intenciones ó ideas antes veladas, reflexionaba Clara seriamente en la singular Sidonia; pero la vida era allí activa, premiosa con su envoltura de afectos y preocupaciones, y no le daba tiempo para detenerse en estas minuciosidades.

Llega, en efecto, para las mujeres una edad en que la existencia tiene giros tan súbitos que cambian todos los horizontes y se transforman todos los puntos de vista. En sus primeros años, aquella amistad que se separaba de ella á pedazos como desgarrada por una mala mano, la hubiera apenado mucho; pero ya había perdido á su padre, la mayor, la única afección de su juventud, y después se había casado. Había venido la niña con sus adorables exigencias de todos los instantes, y además conservaba consigo á su madre, casi otra niña, alelada como estaba por la trágica muerte de su marido.

En una vida tan ocupada, los caprichos de Sidonia tenían poco lugar; y apenas había pensado Clara en extrañar su casamiento con Risler. Ciertamente que tenía más edad que ella; pero, en fin, si se amaban...

En cuanto á creerse deprimida porque la Chebe hubiera llegado á tan alta posición haciéndose, de un golpe casi su igual, su alma superior era incapaz de

semejantes pequñeces. Muy al contrario, hubiera querido de todo corazón ver feliz y considerada á una joven que habitaba cerca de ella, vivía por decirlo así de su vida y había sido su amiga de la infancia. Muy cariñosamente había procurado instruirla, iniciarla en el mundo, como se hace con una provincial bien dotada, á quien faltara muy poco para llegar á ser encantadora.

Entre dos mujeres jóvenes y guapas no se aceptan fácilmente los consejos. Así, por ejemplo, un día de gran comida, se llevaba Clara á Sidonia á su gabinete y sonriendo para que no se enojara, le decía:

— Menos joyas, chica,... y ya sabes que con vestidos cerrados no se llevan flores en la cabeza.

Pero Sidonia se sonrojaba, y bien que diera las gracias á Clara por su aviso, en lo hondo de su corazón inscribía un agravio más contra ella.

En la reunión de Clara se la había acogido con bastante frialdad.

El arrabal de San Germán tiene sus pretensiones; pero si creéis que el Marais carece de ellas, estáis en un error.

Aquellas mujeres é hijas de industriales, de ricos fabricantes, sabían la historia de Mlle. Chebe, y sin saberla, hubieranla adivinado sólo en su modo de presentarse y estar entre ellas.

Por más que se esforzara Sidonia, siempre quedaba en ella algo de la damisela de almacén: su amabilidad un tanto forzada, á veces demasiado humilde, chocaba como el falso tono de las tiendas, y sus desdeñosas actitudes recordaban el magnífico talante de esas traficantas que en los almacenes de novedades, adornadas de vestidos de seda negra que guardan en el vestuario por la noche al retirarse, miran con gesto imponente desde lo alto de su peinado á grandes bucles, á las pobres gentes que se atreven á regatear.

Sidonia se veía examinada, criticada, y su misma timidez la obligaba á armarse en guerra. Los nombres pronunciados delante de ella, las diversiones, las solemnidades, los libros de que se hablaba le eran desconocidos. Clara, como mejor podía, la ponía al corriente, la mantenía á nivel, con una mano de amiga siempre tendida; pero entre aquellas damas, había alguna que encontraba linda á Sidonia. Esto bastaba para quererla mal por haber entrado en sus relaciones. Otras, orgullosas de la posición de su marido, la humillaban con su silencio ó con sus mismos extremos de política.

Sidonia las confundía á todas en una sola palabra; las amigas de Clara, que tanto era como decir las enemigas mías. Pero seriamente no quería mal más que á una.

Ni siquiera sospechaban los consocios lo que pasaba entre sus mujeres.

Risler, preocupado siempre con su invento ó *estampadora*, solía permanecer hasta media noche á su mesa de dibujo; Fromont pasaba los días fuera de la casa, almorzando casi siempre en su círculo. Tenía sus razones para estas ausencias.

La vecindad de Sidonia lo turbaba. Aquel apasionado capricho que por ella había tenido, aquel amor sacrificado á la última voluntad de su tío, recuerdos eran que le acudían á la memoria con todo el pesar de lo irreparable; y sintiéndose débil, huía. Era un hombre muelle, sin energía, bastante inteligente para conocerse, demasiado débil para dirigirse. La noche de bodas de Risler, cuando apenas hacía algunos meses que se había casado él, había vuelto á encontrar cerca de aquella mujer toda la emoción de las tempestuosas tardes de Savigny. Desde entonces, sin explicárselo bien, hubo de evitar verla y aun hablar de ella. Por desgracia, como vivían en la misma casa, y las mujeres se visitaban diez veces al día, la casuali-

dad de los encuentros solía ponerlos en presencia; y sucedió una cosa singular, que ya hemos indicado: que queriendo ser honrado, este marido huía de su casa y buscaba fuera de ella sus distracciones.

Clara, por su parte, veía esto sin cosa de extrañeza. Se había habituado en vida de su padre á esa perpetua inseguridad de la vida de comercio, y durante estas ausencias, celosa de sus deberes como esposa y como madre, inventaba tareas, quehaceres de todas clases, paseos para su hija, descansos prolongados al sol, de donde volvía pagada de los progresos de la niña y penetrada de las alegrías y risas de los pequeños al aire libre con algo de su irradiación en sus ojos serios.

Sidonia también salía mucho. Con frecuencia á la caída de la tarde, solía tomar el carruaje de Fromont lujosamente vestida, volviendo después de largas carreras por París. El bulevar, las muestras de las tiendas, las compras de géneros escogidos bien despacio, como para saborear el placer nuevo de gastar, la entretenían hasta muy tarde fuera de casa. Si á dicha encontraba á Jorge al salir ó entrar, cambiaban un ligero saludo, una fría mirada, y entraba él en su habitación como en un refugio, disimulando con una irrupción de caricias á su hija la turbación de súbito sentida.

Sidonia tampoco se acordaba ya de nada al parecer, teniendo sólo desprecio para un hombre tan débil y cobarde. Además, tenía por el momento otras preocupaciones.

En el salón rojo, entre las dos ventanas, había hecho poner su marido un piano.

Después de muchas vacilaciones, habíase decidido Sidonia á aprender á cantar, juzgando acaso bien que era un poco tarde para vencer las dificultades del solfeo y del teclado; y dos veces por semana iba de doce

á una á darle lección mistress Dobson, rubia muy sentimental. En el silencio de los patios inmediatos, aquellas voces prolongadas con insistencia y repetidas tantas veces con las ventanas abiertas, daban á la fábrica el aspecto de un colegio.

No parecía, en efecto, sino una alumna que estaba ejercitándose, niña inexperta y flotante, llena de deseos indeterminados, teniendo que aprenderlo y conocerlo todo para llegar á ser una verdadera mujer.

La ambición de Sidonia no pasaba de la superficie de la cosas. «¿Toca el piano Clara Fromont? Pues yo cantaré. ¿Pasa por una dama elegante y distinguida? Yo quiero que se diga de mí otro tanto.»

Sin pensar siquiera en instruirse, pasaba la vida de tienda en tienda. ¿Qué se llevará este invierno? Y se iba á las suntuosidades de exhibición, á todo lo que salta á los ojos de los transeúntes. De aquellas perlás falsas que había manejado tanto tiempo, húbole de quedar algo en las puntas de los dedos, algo de su nácar facticio, de su fragilidad inmanente, de su aparente esplendor. Ella misma era una perla falsa, redonda, reluciente, bien engastada, en la que podía verse fácilmente la vulgaridad. Pero Clara Fromont no era sino una perla auténtica, fina, verdadera, de riquísimo esplendor, y cuando se veían juntas saltaba á la vista la diferencia. Se adivinaba que la una había sido perla siempre, perla desde la infancia, avalorada más aún por los aditamentos de la elegancia y la distinción, que habían hecho de ella un carácter raro y precioso. La otra, al contrario, era una obra de París, ese gran joyero de falso y gran falsificador que dispone de mil futilidades brillantes, pero poco sólidas y mal engastadas; un verdadero producto del comercio en que había hecho su aprendizaje.

Lo que por encima de todo envidiaba Sidonia á Clara era la niña, aquel primor engalanado de cintas,

desde las cortinillas de su cuna hasta el gorro de su nodriza. No había pensado siquiera en los dulces deberes de la maternidad, dulces y graves por la paciencia y la abnegación: en la niña no veía mas que las cintas, las plumas, los adornos flotantes, el encanto exterior, falso exterior, que sigue á las madres jóvenes por calles y paseos.

Por compañía sólo tenía Sidonia á sus padres y á su marido, y aunque no era deshonrosa tan buena compañía, ella prefería ir sola. ¡Tenía Risler una manera de hacerle el amor tan brutal!... Ahora le pellizcaba un brazo, ahora le mordía la barba, ó bien la contemplaba, sin pellizcarla ni morderla, como un perro afectuoso y reconocido. Por lo que hace á sus padres, la embarazaban en su nueva posición; y á poco de su casamiento se había librado de ellos alquilándoles una casita en Montrouge. Esto hubo de tener á raya ó en términos de prudencia las frecuentes invasiones de Mr. Chebe y las continuas visitas de su esposa, en quien el bienestar restablecido había hecho renacer antiguos hábitos de vida ociosa y comadraje.

Bien hubiera querido Sidonia alejar también del mismo golpe á Delobelle y su familia, cuya vecindad le pesaba más aún; pero el *Marais* era un centro para el antiguo comediante por la proximidad de los teatros del bulevar. Además, Desiderata, como todos los sedentarios, amaba el horizonte conocido, y su triste patio, asombrado en invierno desde las cuatro de la tarde, le parecía un amigo, la cara de un antiguo conocimiento, que el sol iluminaba á veces como con una sonrisa. No pudiendo, pues, Sidonia desembarazarse de ellos, tomó el partido de no volver á verlos.

En resumen, su vida hubiera sido solitaria y harto triste sin las distracciones que Clara Fromont le procuraba. Pero siempre costábanle despechos.

—¿Ha de venir todo por su mano?— decía en són de protesta.

Y cuando, á la hora de comer, le enviaban del principal una localidad de teatro ó una invitación para el sarao, vistiéndose y todo con la fruición y anhelo de exhibirse, sólo pensaba en deprimir, en humillar y vencer á su rival.

Por lo demás, estas ocasiones iban haciéndose raras, estando Clara cada vez más ocupada en dar crianza á su hija. Con todo eso, cuando el abuelo Gardinois venía á París, no dejaba de reunir las dos familias: el viejo campesino, para dar expansión á su alegría, necesitaba á Sidonia, que no huía de sus chanzas y cuchufletas. Á todos cuatro los llevaba á comer á casa de Felipe, su fonda preferida, cuyos dueños y mozos le eran conocidos, y después de hacer en ella mucho gasto, llevábalos á la *Ópera Cómica* ó al *Palais Royal*, con localidades tomadas de antemano.

En el teatro se reía grandemente, hablaba tan familiarmente á las acomodadoras como á los mozos de Felipe, pedía á voces taburetes para las señoras, y á la salida quería tener los abrigos antes que todos, como si hubiera sido el único advenedizo tres veces millonario que allí había.

Para estas partidas un poco vulgares, á que las más de las veces no asistía su marido excusándose casi siempre, vestía Clara muy sobriamente y pasaba desapercibida. Sidonia, al revés, exhibida en la delantera del palco, reía de muy buena gana los cuentos y chistes del viejo verde, dichosa de haber bajado de la cazuela ó paraíso, si queréis, á palcos de principal, cuyos rebordes forrados de terciopelo granate, le parecían pintiparados para sus guantes claros, sus gemelos de nácar y su abanico de reluciente lentejuela. La generalidad de los sitios públicos, el rojo y oro de la ornamentación, todo esto era verdadero lujo para

ella, que estaba allí tan pomposa como una flor contrahecha en una jardinera de filigrana.

Una noche, en una pieza en boga del *Palais Royal*, entre las damas presentes, armadas de abanicos descomunales y cuyos afeitados rostros salían de los escotes y de la sombra de las plateas, como retratos vagamente animados, las maneras de Sidonia, su tocado, su modo de mirar y reír hubieron de llamar la atención notablemente. Todos los gemelos, guiados por esa corriente magnética tan poderosa bajo la araña, se fueron dirigiendo hacia el palco que ocupaba, y Clara acabó por sentirse mortificada, teniendo al fin que cambiar de asiento con su esposo, que por mal de sus pecados, las había acompañado aquella noche.

Jorge Fromont, joven y elegante al lado de Sidonia, tenía aire de ser su compañero natural, mientras á espaldas de ellos, Risler mayor, siempre tan apacible y manso, no parecía mal al lado de Clara, que guardaba con su traje oscuro como el incógnito de mujer honrada en el baile de la Ópera.

Á la salida, cada uno de los consocios dió el brazo á su pareja. Una acomodadora, aludiendo á Jorge que iba con Sidonia, hubo de llamarle *su marido*, y la esposa de Risler se pavoneó irradiando todo su esplendor de perla falsa.

¡Jorge Fromont su marido!

Esta suposición tan sencilla bastó para trastornarla y remover en lo hondo de su pecho una multitud de cosas malas. Por los pasillos miraba á Risler y á Clara que iban delante de ellos, y la elegancia de su amiga le parecía vulgarizada y hasta desvanecida por el desgarbo de Risler. Y decía entre sí:

—¡Cómo me afeará ese hombre cuando vamos juntos!

Y el corazón le palpitaba al pensar en la pareja que